

—¿Habrá mosquitos?— preguntó el contrabajista George Mraz, mientras recordaba algunos conciertos atípicos cuando trabajaba para la *big band* de Mel Lewis y Thad Jones "por 17 dólares semanales".

—Bueno, por lo general en el campo siempre hay. El asunto es rociarse antes con repelente.

Y Mraz siguió el consejo y tocó hasta la noche sin que ningún insecto lo molestase, apoyando el movimiento piano de Manuel Rocheman y con una copa de vino a mano. En cambio, el que anduvo a los manotazos con los objetos voladores fue el baterista Al Foster, quien al momento de tocar pidió asistencia a uno de los operadores del escenario para que le rociara los brazos con repelente, ganando así las primeras caricaturas de un auditorio que le festejó gestos, morisquetas y un sublime e inigualable toque para los parches y platillos, en lo que resultó ser uno de los grandes momentos —y hubo muchos— del Festival Internacional de Jazz de Punta del Este, celebrado en el tampo El Sosiego, en Lapataia, entre el 4 y el 8 de enero. Foster también tenía una copa de vino a mano.

Una de las cosas que más llamó la atención a Mraz fue la "excelente organización" del festival. Lo que el contrabajista checo más le gusta es que la organización de Lapataia "está compuesta por el empresario Francisco Yobino... cuatro chicos más. Mraz llegaba del Festival de Jazz de Umbria, donde las cosas se hacen, digamos, a la italiana.

A las 20 hs. la gente comienza a acomodarse en el anfiteatro para presenciar el primer concierto, que siempre se realiza con la melancólica luz de la tarde apagándose muy de a poco, en tono baladístico. Los brasileños comandados por Güingua brindan un símil recital: guitarra acústica, sintetizador, guitarra eléctrica y trompeta. En los espacios que deja la música intervienen las ranas, y siempre lo hacen bien. Son cosas que sólo ocurren en un festival de jazz organizado en el campo.

Rocheman, un parisiense pequeño y tímido hasta que coloca las manos sobre las teclas y las hace volar, aclara que ya estuvo en Montevideo hace unos años en la Sala Zitarrosa, en un concierto organizado por la institución cultural Alianza Francesa. "Había muy poca gente", recuerda el pianista, y mueve la cabeza con una expresión que indica que en realidad era todavía menor la cantidad de público. Ni siquiera el más versado en el tema se enteró de su presencia en aquel momento.

Curiosa forma que tiene una institución cultural de difundir su música:

Gran nivel en el último Festival Internacional de Jazz de Punta del Este

Y entonces fueron once

que se espera la menor cantidad de gente, y si es posible, nadie.

La lluvia, que todos los años interrumpe algún concierto y lo pospone para mañana siguiente ante un sol bien agudo, de mediodía, esta vez no fastidió. Se hacía presente de forma moderada y se retiraba, con cierta vergüenza. La gente arriba y cerraba los paraguas en una especie de movimiento ensayado, mientras los músicos seguían haciendo lo suyo y en el horizonte resallaban raras y centellas que llegaban como un perfecto complemento de los sonidos. Así sucedió el domingo en el cierre del festival con el quinteto de los hermanos Delleayo y Jason Marsalis, que presento a un inspirado Donald Harrison y al sorprendente pianista Victor Atkins. No podría haber mejores efectos especiales para la música.

El piano está básicamente compuesto por 230 cuerdas tensadas que soportan un peso de 15 toneladas", explica el afinador.

"Se necesita paciencia y silencio para afinarlo, y hay veces en que el sonidista no colabora y pone música. Y yo digo: ¿qué es más importante? ¿Que la gente tenga música en los intervalos o que el piano esté adecuadamente afinado?". En Lapataia siempre hay imprevistos, pero las cosas finalmente salen. Por ejemplo, no se sabía con certeza cuándo llegaría Gary Bartz, que estaba de vacaciones en Australia y había optado por un pasaje con complicadas escalas. O donde estaba exactamente el contrabajo de George Mraz, desaparecido en acción en algún aeropuerto.

—Hay solamente tres de esos contrabajos en el mundo —explica un Mraz ansioso, ahorrando juntarse con su instrumento.

Bartz llegó nuevo de vacaciones debido a los problemas demenciales de su vuelo. También apareció el contrabajo.

La magia de Lapataia comienza a operar. Es el turno del último concierto del viernes, y le toca cerrar al cuarteto del saxo alto Gary Bartz, el hombre que venía de Australia con complicadas escalas. Y las complicadas escalas no desaparecieron porque se transformaron en una intensa propuesta coralneana pocas veces vista. El hombre de 65 años no paró de soplar. Cuando un tema terminaba, arrancaba con otro instrumento, sus labios del instrumento. Energía en estado puro que sólo proviene de un músico templado, experimente y con eso bien puesto.

El padre de Bartz tenía un bolche de jazz en Baltimore, por donde pasaron

grandes artistas, entre ellos Coltrane, quien auguro que el chico de ojos celestes estaba destinado a "ser un grande".

—¿Y cómo es el rancho de los músicos, se impone una pregunta:

—Tengo entendido que Ud. realizó un largo viaje y llegó muy cansado. Sin embargo, la entrega desplegada en el concierto lo desmentó...

—Es que cuanto más cansado te encuentras, más ganas tienes de tocar, más pones y más arriesgas —contesta Bartz con una sonrisa.

ciosas. Por ejemplo, la que tuvo con el subsecretario de Ganadería, el señor Ernesto Agazzi, quien antes de darle la mano le dijo: "Nunca fue a Punta del Este, no me interesa Punta del Este y jamás irá a Punta del Este".

—"Aquí está su disco".

—¿Qué tema desea?

—"Gracias a un *ladrillo*", de *Jettro Tull*. El jazz tiene esa cosa artesanal, improvisada, cávida, que se detecta a la hora del almuerzo o la cena en las mesas de los músicos, donde también puede haber un periodista, o un



Al Foster

—¿Es su primera vez en América del Sur?

—No, hace unos años estuve en Brasil, pero no me fue tan bien como aquí.

—¿Qué sucedió?

—Oh, créame que no quisiera saberlo, de verdad —dice con otra sonrisa, esta vez un poco más picara—. Prefero que hablemos de la historia que estoy escribiendo para una película.

—¿Documental o ficción?

—Bueno, es básicamente sobre mi propia experiencia en el mundo del jazz, pero tendrá algo de ficción también, y va a incluir a muchos de ellos —dice señalando a otros músicos que andan en la vuelta, como Al Foster, con quien se funde en un abrazo.

El ministro de Economía, Danilo Astori, fue de los pocos mortales que se animaron a ir el miércoles, el primer día del festival. El frío le taladró los huesos, pero igualmente disfrutó de Malena Muyala y del trompetista argentino Diego Urcola. Fanático del jazz, Astori también estuvo el viernes y se llevó una sorpresa con el frío de Edward Simon.

Por primera vez en los once años de existencia del festival se hizo presente un ministro de Turismo, el señor Héctor Lescano. Según Yobino, el secretario de Estado se mostró gratamente sorprendido por el evento y le prometió una entrevista.

Si algo sabe Yobino es de entrevistas con jерarcas municipales y gubernamentales. El responsable del tampo y del festival recuerda algunas muy gra-

sirve para hacer la rosca de los caños.

—Eso me hace acordar a la palabra "atorrante" —agrega un músico argentino—. ¿Saben cuál es su procedencia? De la marca "Torrence", que eran los fabricantes de los caños cuando se construyó el Puerto de la Boca, en Buenos Aires. Y allí dormían los vagabundos, los atorrantes, en los caños.

—Entre los músicos más simpáticos que recuerdo está el baterista Mark Walker —continúa el mozo de barra—. Los músicos continúan a copa detrás de otra, con un *touch* auténticamente profesional. A pesar del idioma nos entendimos muy bien. El tipo tomaba mate todas las mañanas conmigo, había que verlo.

En otra mesa el baterista mexicano Antonio Sánchez explica lo engorroso que es escribir un solo de batería a quien quiera escucharle.

Eso también es el Festival de Jazz de Lapataia. La música en el anfiteatro ha finalizado hace rato. En el pequeño escenario del restaurante, Brian Lynch toca junto a un grupo de adolescentes que hacen sus primeras armas en esta música, mientras en una mesa cercana unos niños no dejan de llorar, gritar y mostrar impaciencia. Y los padres, que con toda seguridad están allí por el dulce de leche y el paseo turístico y no por el jazz, rimen atontos. No importa. Las notas discordantes se sintetizan con las producciones de los músicos.

Elegancia es lo que define a Cedar Walton. El modo en que este señor se sienta al piano, el modo en que presenta los temas, el modo en que compone, el modo en que toca. Música modal. Hay pianistas que tocan muy bien, que realmente sonidos memorables, que destacan. Walton, un compositor nato, sencillamente interpreta su música. Y además lo acompa-

nan el baterista Lewis Nash, el contrabajista David Williams y el saxofonista Vincent Herring, todos pesos pesados.

Al fondo del escenario, con una sonrisa de oreja a oreja, el trompetista brasileño Claudio Roditi disfruta del concierto.

Quiénes más laboraron fueron los adolescentes comandados por el saxofonista alto de 18 años Alex Han. Después de brindar un concierto rebosante de entrega e improvisación al nivel del más profesional, se dedicaron a tocar donde les dejaron, demostrando que tenían el bichito metido bien adentro. Tocaba un baterista y había otro esperando su turno, bien cerca. Tocaba un pianista y había otro a sus espaldas, escuchando atentamente y aguardando con ansiedad para entrar en acción y demostrar sus conocimientos.

Otro sonido característico de Lapataia: mientras Gary Bartz interpretaba una delicada balada y la noche era todo oídos, Djavan, un enorme perro Labrador que ya es marca registrada en el tampo, pasó muy cerca del escenario con la lengua afuera y una respiración agitada, *ahhh, ahhh, ahhh*, haciendo un maravilloso contrapunto con el saxofonista. El perro subió uno, dos, tres escalones y asomó la cabeza en el escenario, pero allí se quedó, ante la mirada temerosa de Bartz, que seguía soplando y no le quitaba ojo al mastín, hasta que una niña pequeña se lo llevó en silencio y muy educadamente. Eso también es Lapataia.

Cuando uno se dirige hacia el tampo de la felicidad musical por la doble vía que va desde Montevideo hacia Punta del Este, antes de llegar a Lapataia se topa con carteles que dicen cosas como "Alcanzar las estrellas", "Quédate con lo auténtico", "En la Mansa... o la Brava". El amante del jazz en realidad le indica que dicen "My Funny Inducers de leche" o "Body and Sosiego". Ojalá siga siendo así.

Eduardo Alvariza